Memorias de un niño

Matar a un niño

Stig Dagerman

Introducción

Publicamos estos dos relatos del escritor sueco Stig Dagerman: el autobiográfico *Memorias de un niño* de 1948 y *Matar a un niño*, del mismo año, que escribió a petición de la Asociación Nacional para la Seguridad Vial de Suecia, con el fin de evitar accidentes de tráfico. No son los primeros escritos de Dagerman que editamos, ya en 1997 el segundo libro de la colección *con.otros* fue: *Nuestra necesidad de consuelo es insaciable*, que más tarde reeditamos en el nº 25 de la colección *mínima* y también en el 32 de esta misma colección se encuentran *Escritos políticos* (2002).

Stig Dagerman, nació el 4 de octubre de 1923 en el pequeño pueblo de Älvkarleby, en la provincia de Uppsala, hijo de padres obreros que no vivieron juntos. Se crió y pasó su infancia en la granja de sus abuelos. En su adolescencia, su padre, obrero itinerante de la construcción y militante anarcosindicalista, le hizo ir a Estocolmo, donde vivía, para que estudiara el bachillerato. Desde muy joven, con apenas 18 años, militó en el movimiento anarquista sueco, en la SUF, organización juvenil de la Sveriges Arbetares Centralorganisation: S.A.C. (Organización Central de trabajadores de Suecia), donde trabajó como editor cultural para el periódico de la organización sindicalista revolucionaria: *Arbetaren* (*El Trabajador*) en el que escribirá numerosos artículos y en el que en cada número publicaba un poema. También escribirá para revistas libertarias, como *Strom (La Tempestad)*.

Dagerman fue un escritor precoz que en menos de diez años creó una cuantiosa obra literaria de gran calidad. Cuatro novelas -en 1945, con 21 años, publica *La serpiente*, al año siguiente *La isla de los condenados*, *El muchacho quemado y Bodas penosas*. Otras tantas obras de teatro. Numerosos cuentos y relatos, así como el libro *Los juegos de noche* donde compila sus ocho novelas cortas. En 1947 el libro-reportaje *Otoño alemán,* editado en castellano el 2001 por la editorial Octaedro. Asimismo, también escribió un buen número de poemas y textos-ensayo.

A principios de noviembre de 1954, un mes después de cumplir los 31 años, Dagerman no soportó más el esfuerzo de vivir y eligió la muerte. El día anterior había entregado a *Arbetaren* su último poema: *Cuidado con el perro*.

Para saber más, en nuestra página web (www.sindominio.net/etcétera), en el mencionado libro de la colección *con.otros: Nuestra necesidad de consuelo es insaciable*, en las pág. 21-26, se encuentra el artículo de Marc Tomsin *Stig Dagerman, un escritor anarquista.*

Etcétera, noviembre del 2020

Memorias de un niño

1. A inventar se empieza pronto. De niño siempre se es inventor. Luego, en la mayoría de los casos, te arrebatan el hábito. El arte de ser inventor consiste pues en no permitir que la vida, la gente o el dinero te arrebaten, entre otras cosas, el hábito de inventar.

Yo me acostumbré a «inventar» a edad muy temprana. La realidad, que es una palabra demasiado fina, la percibía de forma más cálida, más curiosa y más divertida si la recreaba. Acaso no mucho, pero sí lo suficiente.

Fue en una vieja granja situada al borde de un río ancho y caudaloso. En la casa siempre hacía fresco, por su subsuelo corrían veneros de agua. La granja aparecía solitaria en medio de un extenso predio y de los primeros años sólo recuerdo los inviernos, cuando el viento venía ululando y cubría de nieve el mundo entero. La nieve se acumulaba encima de las ventanas y casi nunca salíamos fuera. Ya era aventurado llegar al retrete, que quedaba a la entrada, donde la nieve se arremolinaba, como las cartas del correo, al pie de la puerta. La casa estaba llena de tías, tíos y gatos. Los mayores siempre estaban a la greña. Los gatos maullaban. Yo solía sentarme junto a la chimenea, ovillado como un gato al calor del hogar, y un primo mayor, a quien yo admiraba mucho, me escupía a los pies aunque estaba a cierta distancia, sentado en su cama. Una mañana de invierno que, como era habitual, me había quedado más de la cuenta en la cama, porque me consideraban delicado y quizá lo fuera, oí gemir y maullar bajo la manta. Cuando la levanté, la cama estaba llena de crías. Una gata había parido a mi lado mientras yo dormía.

A veces, en invierno, eran Navidades. Una vez, el abuelo me regaló un arco y flechas de puntas envueltas en paño para poder dispararlas dentro de casa. Otras Navidades me trajeron peluches y coches de juguete, que yo podía desmontar. Llegaban de Estocolmo, del padre que no conocía y del que siempre escribía. Pero una vez vino en verano y me pareció que era como todos los demás de Estocolmo: solían visitarnos porque teníamos un panorama precioso, decían palabras que yo no entendía y torcían el morro a los olores de la casa y al hecho de que bebiéramos agua con el mismo cucharón. Después de haberse marchado solíamos reírnos de ellos, no mucho y quizá algo incómodos, como quien se ríe de lo que no es normal.

2. Entre inviernos largos llegaban veranos cortos. En mi memoria son siempre muy calurosos. La hierba del patio se agosta y uno levanta polvo cuando corre. Sequía y mala cosecha. Granos que se marchitan y sembrados que se convierten en tolvaneras. El río se seca y del agua emergen, como sombras hambrientas y amenazadoras, nuevos islotes de grava y lodo. Los mayores miran al cielo, pero en el horizonte sólo aparecen

gruesos cirros y columnas de humo amarillento de las fábricas de Skutskär. Un día se incendia la Casa del Pueblo y el camino se llena de gente que corre y gesticula. Un nublado leonado con flecos de luto asoma sobre la aldea. Estamos en el patio de casa y olemos el humo del incendio, pero somos demasiado orgullosos para acudir allí corriendo. Somos campesinos.

Las noches con los dos ancianos son bochornosas y asfixiantes. Nadie duerme en casa. Alguien se levanta y traquetea con el cucharón del agua en la cocina. Nunca sopla el viento, nunca refresca y las ventanas permanecen abiertas toda la noche. A veces sueñan los caballos y dan coces contra la cuadra. Retumban de forma sorda y aterradora. Quizás haya un vagabundo con cerillas en la mano merodeando entre los almiares. A nada se teme tanto como al fuego. El viejo sale en calzones con pasos quedos y vuelve a entrar al poco rato con un gato en brazos. Por la mañana temprano empiezan los cañones. Es el estruendo del campo de tiro al filo del horizonte, a unos diez kilómetros de distancia, y aparece como una enorme sombra negra sobre estos veranos ardientes. Ya han disparado una descarga… y ahora otra… Dios quiera que no venga la guerra… A veces, cuando arde el bosque que bordea el campo de tiro y la humareda se divisa en los confines de la vista, los cañones enmudecen un instante.

Calor y desesperación. Pero los veraneantes de Estocolmo bajan a la granja y colocan los aros de croquet en el patio. Por el día resuenan los mazos de croquet, los cañones y las carcajadas de los veraneantes. Resulta difícil explicarlo, pero uno empieza a aborrecer poco a poco a quienes juegan al croquet, ríen a carcajadas y van a bañarse mientras arde el grano, mugen las vacas implorando agua y alguien ha visto una serpiente más cerca de casa que otros años. Al atardecer siempre han dejado algún aro olvidado y cuando uno de nosotros tropieza de noche con el aro, le soltamos una soberbia patada y aro y zueco vuelan hacia la luna en un arrebato liberador.

La luna, sí. A veces, cuando hay luna llena, acaso en agosto, el chico del carnicero me lleva en bicicleta a una pequeña aldea en lo alto de una loma. En el portabultos lleva una caja con carne fresca. Paramos a la altura de una verja, tocamos el timbre de la bicicleta y ancianos y ancianas salen de sus casas, sacan la carne de la caja, la palpan, la tientan y la devuelven. Algunos se meten una pulgarada de rapé dentro del labio superior antes de regresar a casa. Pero la caja siempre está vacía cuando bajamos la cuesta de regreso a casa.

Una mañana hago algo terrible. No, no es que sólo deteste a los jugadores de croquet y a los militares de maniobras en las inmediaciones de la granja, que huellan los sembrados, levantan polvaredas por las trochas que recorren a lomos de sus jadeantes caballos y se entretienen con sus curiosas embarcaciones en el río. (Una tarde, sentados sobre el terraplén, vemos a un capitán caer al agua. No nos reímos pero creemos haber obtenido algún tipo de reparación). Sobre todo detesto el sol, y una mañana, cuando la hierba arde y no se divisa una sola nube en los cielos de Gävle ni de Upsala, me pongo de

rodillas a la sombra del seto de lilas y maldigo al sol, ruego a Dios y a todos los demás poderes celestiales que lo apaguen.

Es la primera vez que he rezado y al cabo me siento desfallecido y asustado. No puedo dormir durante varias noches. Estoy más que convencido de que un ruego tan fervoroso tiene que ser cumplido. Pero el sol sale todas las mañanas y tuesta las matas de las patatas, el sembrado de centeno y la piel de los veraneantes de Estocolmo. Me siento junto a la verja y me pongo a mirar a las mujeres que pasan en bicicleta luciendo vistosas prendas. Pasan en bicicleta… Pero sé que alguna vez una de ellas frenará la bicicleta, pondrá pie en tierra ante la verja, correrá hacia mí y me alzará en brazos. Tiene que ser ella, mi madre, a la que nunca he visto. Sólo hablan de ella muy de cuando en cuando, de cómo llegó a la finca, de la noche que me parió en plena cosecha de patatas (¡cuándo tanta faena había!) y de que desapareció al cabo de catorce días. Todas las noches se lavaba con agua caliente, es lo más curioso que recuerdan de ella.

Ella vendría algunos veranos en bicicleta. Pero después lo haría siempre en coche. En uno de esos autos negros y altos que parecen sombreros de copa, con una visera encima del parabrisas que se asemeja a un párpado. Pero si alguna vez se detiene un coche, sólo se trata de un representante de máquinas de coser, de insecticidas o de motores de gasoil. Todos los demás tienen padres. Yo tengo abuelos.

3. A su manera, el abuelo y la abuela fueron las mejores personas que he conocido. No eran de los que te forjaban con delicadeza, esmero y precisión. A uno le educaban a golpes de hacha, como quien hace leña de un tronco o de una estaca. No les gustaban las gentes que eran productos de podadera o simples adornos de mesa. Querían que cada cual sirviera para algo concreto, aunque sólo fuera para ser estaca. Ambos trabajaron toda la vida dando vueltas sin parar como bueyes al arado, porque en ello les iba la vida. Por su parte nunca desesperaron, pero detestaban la holgazanería como el primero de los pecados mortales. Le seguían la afectación, el artificio de las maneras refinadas, la mezquindad y la petulancia. También ellos tenían defectos, pero nunca los ocultaban. Ni podían ni querían.

No los conocí antes de que fueran viejos. De su infancia, juventud y vida adulta sólo conozco lo que ellos y otros me contaron. El abuelo era de una granja del sur de Roslagen. Huérfano de niño, muchos hermanos, trabajo duro. De joven, hacia la década de 1870, transportaba carros de heno a la plaza de Hötorget de Estocolmo. Viajaba de noche para llegar con tiempo de sobra a primera hora de la mañana y solía dormir entre el heno para despertar a su llegada a Estocolmo. Una noche se despertó en la cuneta con la carga de heno volcada encima de él. El único recuerdo que guardaba de sus viajes a la ciudad era que se le volcó la carga una noche de 1878. La ciudad no le causó ninguna impresión. Había mucha gente, muy poca seriedad y demasiado «ruido».

Tuvo que buscarse la vida fuera de casa desde edad temprana. Pudo haber emigrado pero no lo hizo. Toda su vida abrigó un apego, o mejor dicho, un fervor por la tierra que mantuvo su vida en equilibrio. Se empleó de peón en fincas de granjeros avaros y tacaños de Uppland, trabajó en la construcción de la central eléctrica de Älvkarleby y recaló finalmente en las serrerías de Skutskär. Entonces trabajaban catorce horas diarias como mínimo y los capataces podían ordenar a los trabajadores que se metieran en los tambores de las sierras; salían despedidos envueltos entre serrines. Cegados y casi asfixiados, avanzaban a gatas en medio de la oscuridad y se restregaban con tierra para poder quitarse el serrín. El abuelo venía a casa, a su gran familia, cada dos semanas, haciendo a pie un recorrido de quince kilómetros. Lógicamente no había ningún dinero para bicicleta. Tenía que caminar como todos los demás. En general, los trabajadores vivían en barracones instalados en el patio de la serrería, en carromatos tan plagados de cucarachas que debían guardar la comida en cajas fuertes.

No pudo haber sido la mera penuria lo que le ayudó a soportar todo, sino más bien ese fervor por la tierra que le persiguió toda la vida. Tenía cincuenta y seis años cuando por fin pudo satisfacerlo. Adquirió una granja abandonada cuyos sembrados estaban tan poblados de cascotes que era imposible arar a tiro, no le cupo otra que desenterrarlos piedra a piedra, pero tuvo que hacerlo con el azadón de las patatas por carecer de dinero para comprar palas el primer año. No es sólo que fuera un gran trabajador, es que era un maniático. Solía llevarme a los sembrados, me sentaba al borde de una cuneta a mirar mientras él trabajaba. Mucho más tarde, después de haber arreglado todo, siempre solía apuntar con la fusta cuando pasábamos junto al cementerio. Eran las bardas de piedra lo que señalaba. Allí estaban todas las piedras que había desenterrado y solía decir que estaba contento de que algún día fuera a reposar al lado de sus piedras. No era sentimentalismo ni arrogancia. Era el orgullo de un trabajo bien hecho.

Los primeros años, que también fueron los míos, no fueron buenos. No fue sólo la calumnia malintencionada ni el golpe bajo que siempre suelen asestar a los valientes recién llegados. Fue la miseria lo que le puso la zancadilla. Fue un caballo nuevo, caro y sin seguro, que intentó saltar una valla y se quedó prendido en los puntales. Fue un muchacho que murió ahogado el mismo día que vino de enterrar a su madre. Y, sobre todo, fueron los intereses y las hipotecas. «Interés» fue una de las primeras palabras que aprendí y sé que cuando una casa está hipotecada hasta la azotea no sólo se trata de una frase hecha, sino de un verdadero pesar que oprime los hombros como un yugo.

Pero no se dejó amedrentar aunque la fábrica le hubiera quebrantado la salud y los dolores del reumatismo empezaran a destrozarlo. En medio de la mayor calamidad se abrió paso al bosque y empezó a cultivar a solas media hectárea de tierra fértil de fósiles, musgo y bosque mixto. Recuerdo la llegada de los malditos sobres verdes del banco, a veces ni siquiera las noches le deparaban paz. Tenía que levantarse y salir al sembrado en medio de la oscuridad, empezar a sembrar o a poner los arreos a los caballos y pasar la rastrilladora o el arado en plena noche. A lo lejos, a prudente distancia, la gente movía la cabeza o reía. A la postre suelo pensar que tuvo que ser una

especie de poeta de aquel tiempo en su empeño por superar un reto imposible, acaso consciente de que en sí no merecía la pena pero que con todo era necesario, por razón del trabajo, por razón del verso.

Luego le pudo el reúma. Empezó a quejarse por las noches. Por el día apenas conseguía salir de la cama. A veces le daba un pronto y salía a la cuadra, pero una vez no pudo soltar los arreos de un clavo y volvió a entrar en casa, se encerró en su cuarto, se tumbó en la cama y se puso a llorar. Poco a poco empezó a amargarse y a sospechar. Recordó los primeros años y le dio por pensar que querían aprovecharse de su inactividad y arrebatarle la granja. A veces ni siquiera permitía que se acercaran forasteros a casa. Estaba convencido, con todo el peso de su obstinación, de que querían causarle perjuicio y de que todo se desmoronaba cuando ya no era dueño de sí mismo. Se avergonzaba de no poder trabajar y a veces convertía la vergüenza en odio. En agosto de cada año había que llevarle a su cuarto una espiga de centeno. Le metían granos en la boca y los masticaba para saber si estaban maduros. No permitía que empezaran a segar antes de que él no estuviera seguro de que fuera el momento más idóneo. No sé lo que hacía después de que saliéramos y cerráramos la puerta del cuarto, pero me parece haber visto en él que era uno de sus momentos más felices y más difíciles.

La abuela fue una trabajadora nata y a él lo completó con su temple. Era hija de un pescador de la comarca. En total había asistido seis semanas a la escuela en casa del relojero, donde aprendió los nombres de los Estados Unidos de Norteamérica. Hasta su muerte pudo contar de memoria los cuarenta y ocho estados de la Unión. De su vida anterior sólo sé que tuvo muchos hijos y que algunos murieron jóvenes. Lo que mejor recuerdo de ella era su capacidad para ser generosa y ayudar. Nunca se le ocurrió despachar a ningún vagabundo de la puerta, aunque tal vez fuéramos nosotros de los más pobres de los campesinos de la comarca. Al final resultó que los demás campesinos adquirieron la costumbre de enviarnos a casa a todos los pordioseros. Podían aparecer hasta tres o cuatro por noche durante los peores años de la depresión, y toda mi infancia fue un eterno desfilar de vagabundos: ancianos, hombres acabados, que se quedaban quietos junto a la puerta, con la cabeza gacha, otros que hablaban y contaban chascarrillos que sólo reían ellos de forma forzada y entre toses, dementes a quienes había que quitar las cerillas por la noche y jóvenes soliviantados, que hablaban a voces y exaltados del tiroteo de Ådalen. La abuela atendía a todos aunque no de forma hiriente o afectada, sino como si su llegada fuera lo más normal del mundo, como si fueran esperados y tuvieran reservado un lugar a la mesa.

No sólo fueron vagabundos. Unos de los primeros tipos de hombre que aprendí a reconocer fueron los tratantes de caballos y los quinquis: siempre mandaban a las mujeres y niños por delante mientras ellos se quedaban fuera en sus tartanas o trineos, y los ojos de las mujeres y niños revoloteaban por las paredes como si buscaran oro o plata. Los niños eran flacos y descarados y cuando las mujeres entraban en calor y notaban que no eran despachadas de inmediato, hacían como si fueran de la casa y se ponían a dar de mamar a sus bebés sin ningún recato junto a la chimenea, mientras

nosotros las mirábamos con ojos como platos. Todos los niños tenían que guardar sus juguetes cuando pasaban por medio de la aldea, pero yo no lo hice desde que vi a una gitanilla agacharse al comedero de los cerdos que había junto al cobertizo del establo y tragar comida como si fuera una ternera.

La abuela siempre tenía una barra de pan para quien pasaba hambre y arrimaba con disimulo, sin que el abuelo lo notara, un manojo de heno al caballo del tratante, puesto que odiaba a tramposos y maltratadores de animales. Cuando los militares cabalgaban por el camino, ella podía salir de casa y cerrar el paso a los caballos y echar la bronca a los capitanes por agotar a sus bestias. Un invierno llegó un mozo de Dalacarlia que sabía tocar el violín y lo hacía tan bien que se quedó dos años. Ella poseía algo tan insólito como el coraje de mostrar cariño, y cuando fui algo mayor y más razonable me dio una sobrecogedora lección sobre la grandeza de la bondad cuando no es hipócrita, afectada ni engreída.

El abuelo fue víctima de una de esas atrocidades demenciales y sin sentido. Un hombre de la comarca, un demente, acechó una noche tras el seto de las lilas con un cuchillo en la mano. El abuelo salió al pastizal para apaciguar a los caballos. Ya era noche cerrada y al poco rato se le oyó gritar. Yacía de espaldas sobre la hierba cuando acudieron en su auxilio. Cuando le ayudaron a incorporarse, dijo que alguien le había apuñalado y que el autor del delito se había escabullido saltando la cerca. Lo cómico fue que nadie le creyó. Pensaron que un caballo le había dado una coz e intentaron convencerlo mientras le ayudaban a llegar a casa. Entonces se enfurruñó por última vez en su vida y les pidió, ya que nadie le creía, que le dejaran ir solo. Y caminó solo, obstinado, hasta la misma puerta de casa, en medio de la oscuridad y con diecisiete puñaladas encima. Allí cayó. La abuela murió unas semanas después a resultas de la conmoción.

Cuando eso ocurrió yo no vivía en la granja. Cursaba el bachillerato en Estocolmo y nunca me creí capaz de sobrellevar el hecho de que hubieran muerto los seres a quienes más quería. La misma noche que supe del crimen fui a la biblioteca municipal para intentar escribir un poema en memoria del muerto. Pero sólo me salieron unos lamentables versos que rompí avergonzado. Pero de la vergüenza, de la impotencia y del dolor nació algo que fue, creo, la pasión de ser escritor, es decir, de contar cómo se sufre el dolor, ser querido y quedarse solo.

4. Después empezó algo nuevo. Yo me había sentido siempre solo. Los hijos de los campesinos me consideraban un niñato de Estocolmo, un extraño, aunque para complacerlos traté de aprenderme todos sus tacos tan pronto como me fue posible. En Estocolmo, en cambio, era el chico torpe de pueblo, cuyo gabán, que me quedaba corto, fue objeto de burlas durante todo un semestre. Ahora estaba realmente solo. Fue el otoño en que el vapor Ragvald se hundió frente al muelle del ayuntamiento y todas las tardes iba a la Estación Central y allí me quedaba en medio de la gente hasta que me

ponían de patitas en la calle. Acariciaba la idea de ir alguna vez a la Estación Central con un billete para China en el bolsillo y mostrárselo a la policía cuando se me acercara. Pero nunca tuve ningún billete para China. Continué escribiendo con la misma idea en la cabeza. Poco después, una tarde oí cantar «La Internacional» en un mitin, no era la primera vez pero sí la vez que se me quedó grabada. Fue como una conversión fulminante. Me hice anarquista y poco a poco fui adquiriendo conciencia de la ardua dicha, repleta de batallas, de llenar una fe vacía con un contenido nuevo y sólido. Durante ese combate también me quedó muy clara la clase de ayuda que me iba a prestar la literatura concebida no como objetivo sino como medio. Fui redactor de una revista juvenil de corte revolucionario y antifascista, el primer número fue retirado y puesto fuera de circulación y me sentí inmensamente orgulloso cuando supe que a la policía le llevaba a veces tres semanas leer mi correo (el de un bachiller).

Durante el bachillerato fui repartidor de periódicos y revistas los sábados y domingos por las islas del archipiélago. Las tardes de los sábados corría hasta el barco que me llevaría al trabajo, con la gramática latina en el bolsillo y sintiéndome dichoso de no ser un escolar. Había en ello cierto orgullo lógico, pero también un anhelo de estar cerca de las gentes que más me importaban: los campesinos y los trabajadores. La misma deriva me llevó a hacerme conductor de autobús durante el último curso, pese a que al principio me mareaba tanto que tenía que apearme a vomitar en la última parada.

Como repartidor de periódicos fui aprendiendo a odiar la arrogancia y también los malos semanarios. Durante un tiempo escribí poemas para el semanario Hela Världen. Nunca los publicaron. Tampoco me los devolvieron. En los concursos escolares tuve más fortuna, el año que me gradué de bachiller gané una semana de estancia en la montaña con la redacción de un relato, pero el viaje acabó en tragedia. Perdí a un gran amigo y compañero de habitación en una avalancha de nieve. A la vuelta supe de forma irreversible lo que iba a ser. Tenía que ser escritor y sabía lo que debía escribir: el libro de mis muertos.

Pero entonces no tuve tiempo. Porque enseguida me tocó cumplir el servicio militar. Y ésa es otra historia. Se titula *La Serpiente*.

Matar a un niño

Es un día suave y el sol esta oblicuo sobre la llanura. Pronto sonarán las campanas, porque es domingo. Entre dos campos de centeno, dos jóvenes han hallado una senda por la que nunca fueron antes, y en los tres pueblos de la planicie resplandecen los vidrios de las ventanas. Algunos hombres se afeitan frente a los espejos en las mesas de las cocinas, las mujeres cortan pan para el café, canturreando, y los niños están sentados en el suelo abrochándose sus blusas. Es la mañana feliz de un día desgraciado, porque este día, en el tercer pueblo, un hombre feliz matará a un niño. Todavía el niño está sentado en el suelo y abrocha su camisa, y el hombre que se afeita dice que hoy harán un paseo en bote por el riachuelo, y la mujer canturrea y coloca el pan, recién cortado, en un plato azul. Ninguna sombra atraviesa la cocina, y, sin embargo, el hombre que matará al niño está junto al surtidor rojo de gasolina, en el primer pueblo. Es un hombre feliz que mira por el visor de una cámara de fotos y ve un pequeño coche azul, y a su lado a una muchacha que ríe. Mientras la muchacha ríe y el hombre toma la hermosa fotografía, el vendedor de gasolina ajusta la tapa del depósito y les asegura que tendrán un bonito día. La muchacha se sienta en el coche y el hombre que matará al niño saca su billetera del bolsillo y comenta que viajarán hasta el mar, y en el mar pedirán prestado un bote y remarán lejos, muy lejos. A través de los vidrios bajados, la muchacha, en el asiento delantero oye lo que él dice, cierra los ojos, ve el mar y al hombre junto a sí en el bote. No es ningún hombre malo, es alegre y feliz, y antes de entrar en el automóvil se detiene un instante frente al radiador que centellea al sol, y goza del brillo y del olor a gasolina y del ciruelo silvestre. No cae ninguna sombra sobre el coche y el refulgente parachoques no tiene ninguna abolladura y no está rojo de sangre.

Pero, al mismo tiempo que en el primer pueblo, el hombre cierra la puerta izquierda del coche y tira el botón de arranque, en el tercer pueblo la mujer abre su alacena, en la cocina, y no encuentra el azúcar. El niño, que ha abrochado la camisa y que ha atado los cordones de los zapatos, está de rodillas en el sofá y contempla el riachuelo que serpentea entre los alisos y el negro bote que está medio varado sobre la hierba. El hombre que perderá a su hijo está recién afeitado y, en ese momento, pliega el soporte del espejo. En la mesa las tazas de café, el pan, la leche y las moscas. Sólo el azúcar falta, y la madre ordena a su hijo que corra donde los Larsson y pida prestados algunos terrones. Y mientras el niño abre la puerta, el padre le grita que se dé prisa porque el bote espera en la ribera. Remarán tan lejos como nunca antes remaron. Cuando el niño corre a través del jardín, en todo momento piensa en el riachuelo y en los peces que saltan y nadie le susurra que sólo le quedan ocho minutos de vida y que el bote permanecerá allí donde está todo el día y muchos otros días. No es lejos lo de los Larsson: únicamente cruzar el camino y mientras el niño corre atravesándolo, el pequeño coche azul entra en el otro pueblo. Es un pueblo pequeño, con pequeñas casas rojas, con gente que acaba de despertar que está en la cocina con las tazas de café levantadas y observan al coche venir por el otro lado del seto con grandes nubes de polvo detrás de sí. Va muy rápido y el hombre en el carro ve cómo los álamos y los postes de telégrafo, recién embreados, pasan como sombras grises. Sopla el verano por

la ventanilla. Salen velozmente del pueblo. El carro se mantiene seguro en medio de la carretera. Están solos todavía. Es placentero viajar completamente solos por una lisa y ancha carretera y a campo abierto es mucho mejor aún. El hombre es feliz y fuerte y en el codo derecho siente el cuerpo de su futura mujer. No es ningún hombre malo. Tiene prisa por alcanzar el mar. No sería capaz de matar a una mosca, pero sin embargo, pronto matará a un niño. Mientras avanzan hacía el tercer pueblo, cierra la muchacha otra vez los ojos y juega que no los abrirá hasta que puedan ver el mar y al compás del suave traqueteo del coche, sueña en lo terso que estará.

¿Por qué la vida está construida con tanta crueldad, que un minuto antes de que un hombre feliz mate a un niño, todavía es feliz y un minuto antes de que una mujer grite de horror, puede cerrar los ojos y soñar en el ancho mar, y durante el último minuto de la vida de un niño pueden sus padres estar sentados en una cocina y esperar el azúcar y hablar sobre los dientes blancos de su hijo y sobre un paseo en bote, y el niño mismo puede cerrar una verja y empezar a atravesar un camino con algunos terrones en la mano derecha envueltos en papel blanco; y durante este último minuto no ver otra cosa que un largo y brillante riachuelo con grandes peces y un ancho bote con callados remos?

Después, todo es demasiado tarde. Después, hay un coche azul cruzado en el camino y una mujer que grita retira la mano de la boca y la mano sangra. Después, un hombre abre la puerta de un coche y trata de mantenerse en pie, aunque tiene un abismo de terror dentro de sí. Después, hay algunos terrones de azúcar blanca desparramados absurdamente entre la sangre y la arenilla, y un niño yace inmóvil boca abajo, con la cara duramente apretada contra el camino. Después, llegan dos lívidas personas que todavía no han podido beber el café, que salen corriendo desde la verja y ven en el camino un espectáculo que jamás olvidarán.

-Porque no es verdad que el tiempo cure todas las heridas.

El tiempo no cura la herida de un niño muerto y cura muy mal el dolor de una madre que olvidó comprar azúcar y mandó a su hijo a través del camino para pedirla prestada; e igualmente, cura muy mal la congoja del hombre feliz que lo mató.

Porque el que ha matado a un niño, no va al mar. El que ha matado a un niño vuelve lentamente a casa en medio del silencio, y junto a sí lleva una mujer muda con la mano vendada; y en todos los pueblos por los que pasan ven que no hay ni una sola persona alegre. Todas las sombras son más oscuras, y cuando se separan todavía es en silencio; y el hombre que ha matado a un niño sabe que este silencio es su enemigo, y que va a necesitar años de su vida para vencerlo, gritando que no fue su culpa. Pero sabe que esto es mentira, y en sus sueños de las noches deseará en cambio tener un solo minuto de su vida pasada para “hacer este solo minuto diferente”.

Pero tan cruel es la vida para el que ha matado a un niño, que después todo es demasiado tarde.